

LA PALABRA DE CRISTO

EL PROBLEMA DE LA TIERRA

...Jesús respondió: Por tanto os digo que el reino de Dios, será quitado de vosotros y será dado a gente que haga los frutos de él...
(Evangelio de S. Mateo.)

Estaba la mañana maravillosamente azul. En la comba del cielo, fulgía el sol como un inmenso rubí de cegadores reflejos. Brillaba el caserío de Jerusalem, en el cobijo frondoso del valle como un bando de palomas blancas que se hubiera posado sobre la alfombra plateada de un prado. En el ambiente, una penetrante fragancia de jacintos embalsamaba la suave vibración de la brisa. Unas palmeras, abrumadas de dátiles, ondulaban en el azul maravilloso los penachos de su plumaje, como abanicos gigantes...

Entonces Jesús, que llegaba a Jerusalem por la calzada llena de cedros olorosos de Bethjagé envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Id a la aldea que está delante de vosotros y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella; desatadla y traédmelos...»

Y cuando Jesús hubo montado en el pollino, una multitud inmensa que le seguía bajo la sugestión de su palabra egregia a través de los valles poblados de olivos, de naranjos en flor, enervantes de azahar florecido, tendió sobre las calles de la ciudad santa una fresca alfombra de alisos perfumados, de varas de nardos, de azahares fragantes y sobre ella entró Jesús en Jerusalem entre aclamaciones y vítores... ¡Hosanna al Hijo de David...! ¡Hosanna en las alturas...!

Había arrojado después, Jesús de Galilea a los mercaderes que vendían palomas en los pórticos del Templo y a los cambiadores que levantaban sus tenderetes de moneda en las naves, de jaspero y de pórfido, de la Casa de Dios. Y cuando la multitud, suspensa de su palabra suprema, hubo acallado el estrépito de las aclamaciones, Jesús en pie, sobre la escalinata marmórea, de alabastro purísimo, mesando sus barbas sedosas y rizadas, de un negro endrino más profundo que las varas del cedro, explicó la maravillosa parábola:

«Fué un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña; y la cercó de vallado y cavó en ella un lagar y edificó una torre y la dió a renta a labradores y se partió lejos... Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que recibiesen sus frutos... Mas los labradores tomando a los siervos, al uno hirieron y el otro mataron y al otro apedrearon... Y a la postre les envió su hijo diciendo: Tendrán respeto a mi hijo... Mas los labradores, viendo al hijo dijeron entre sí: Este es el heredero, ventid, matémosle y tomemos su heredad... Y tomado, le echaron fuera de la viña y le mataron...»

Estaba Cristo transfigurado. Su palabra tenía la luminosa vibración de un arpa y la suave caricia de un arrullo. Los pliegues de su túnica de lino, más blanca que el plumaje de las palomas que se mecían en el azul marino de la mañana, ondulaban graciosamente al blando beso de la brisa perfumada. Un escriba petulante y huero del Sanedrín,

osó preguntar a Jesús, al terminar la parábola:

—Pues cuando vintere el señor de la viña ¿qué hará a aquellos labradores? A los malos destruirá miserablemente y su viña dará a renta a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo...»

Y Jesús contestó:

—«Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon las que edificaban, ésta fué hecha por cabeza de esquina...? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a gente que haga los frutos de él...»

Et nosotros tuviésemos la autoridad suficiente para interpretar el sentido de las palabras prodigiosas de Jesús, nos atreveríamos a afirmar que en esa luminosa y sugeridora parábola, está la concepción pristina, auténtica y real del augusto fundador del cristianismo, sobre el problema, eternamente vivo y palpitante, del disfrute de la tierra. Esa concepción divina y justa del usufructo de la tierra madre, de la posesión del suelo, será también eternamente, la solución racional y equitativa del agudo problema de los campos, tan preñado de amenazas, de inquietudes y de zozobras en la España de nuestros días. Cuando un Diputado español—Filiberto Villalobos—ha planteado en las Cortes el sangrante problema de la tierra, recogiendo las emociones ideales de Costa y las abrumadoras acusaciones de Julio Senador, sobre el colonato, una estrepitosa chillería se ha levantado en los escaños de los rentistas pingües y de los grandes terratenientes. Es inútil la chillería petulante. Por encima de ella, y como un canto auroral está la inaplazable solución que es urgente recoger para atajar ese fermento de rebeldía, esa sorda protesta que puede estallar de no estimarse una evolución jurídica, legal y amorosa del patrimonio real de nuestro suelo. Es forzoso reformar la dinámica de nuestra agricultura. Sustraer el dominio de la tierra de manos de los «señoritos» y entregarlo a nuevas clases de explotadores cultos que pongan la técnica de cultivos intensivos al servicio de la producción; es inaplazable educar en disciplinas especializadas a los jornaleros del campo, interesándolos en industrias agrícolas, colonizando nuestros baldíos, poblando y segmentando los grandes latifundios en lotes vinculados en familias agrarias que unidas en vastos Sindicatos, en organizaciones comunes, coordinadamente exploten, obtengan créditos y vendan los productos del suelo; es urgente reconstruir el Municipio rural, reintegrarle del gran latifundio de la desamortización que ha sustraído la tierra de manos trabajadoras para entregarla a una minoría de señoritos de la ciudad, vivero de donde se nutre la caciquería degradante; es obligado que todos los hombres que

viven en el campo consagrados a sus faenas, tomen en él aquella participación que Saavedra Fajardo llamaba su congrua; en suma, que la propiedad de la tierra se vincule—con palabras de Cristo—«en aquella gente que haga los frutos de él...»

Otro día, Jesús de Galilea, saliendo de su casa, se sentó junto al mar. Como una viva esmeralda, se translucía la marina movilidad de las olas. A los pies de Jesús, estallaba, deshaciéndose en lechos hervorosos de espuma. Y el Rabbi entrándose en un barco, se sentó sobre la quilla. En la ribera, y en la salobre humedad de la arena, la multitud le escuchaba. Jesús pronunció entonces la «Parábola del sembrador». A su término, como un anuncio de profecía, exclamó: «Quien tenga oídos para oír, oiga...»

Nos place finalizar estas emocionadas impresiones sobre un tema tan sugerido, con las palabras proféticas, augustas, eternas de Cristo...

David Rayo.

PAJARITAS DE PAPEL

LA TRILLA

A esta amena operación, que es la «trilla catalina», puesto que en ella culmina toda la recolección, con verdadera fruición, y un placer quintaesenciado, me considero obligado a ofrendar este «poema», aunque se trata de un tema que está bastante «trillado». Tras un periodo afligido, de dudas y sinsabores, o con exceso llovido, por si el sembrado se heló, o con el calor se agosta, o en fin, porque la langosta con ansia lo devoró; viene la «vida y dulzura», y la vista se recrea en la mies, que amarillea con aurifera hermosura. La mano callosa y ruda del segador va, certera, talando cañas, con fiera y airada solicitud, ¡cuál si de su esclavitud cortar las trabas quisiera! Luego comienza la trilla, esa faena simplista, que aparece a nuestra vista tan monótona y sencilla, mas no es todo lo que brilla oro, porque hay que mirar, lo molesto que es estar disfrutando las delicias, de las ardientes caricias de este Sol canicular. Avispado zagalillo que, con «cigarrit» porfia, cantando estás todo el día, erguido sobre tu trillo, sin temor a un tabardillo, y sin que te importe nada lo largo de la jornada, que tu amo te proporciona, por la que, avaro, te abona una misera soldada. Ya la trilla terminó, y a la cámara va el grano, para la insaciable mano que todo lo acaparó; en cambio al que realizó, con miles de privaciones, todas las operaciones, no le queda ni una paja, ¡porque el que nada trabaja se lleva hasta los granzones!

TOMAS ALMODOVAR.

FIGURAS NACIONALES



El Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, General D. Francisco Aguilera y Rege, que tan palpitante emoción ha despertado en el espíritu nacional, enjuiciando con severidad y con justicia el doloroso caso de la Comandancia Militar de Melilla.

INQUIETUDES NACIONALES

Hay que atajar el mal

Se está operando en nuestra Patria una profunda transformación social que pronto dará señales de vida. Hay que oír en el pueblo y en la ciudad los acres comentarios que se formulan contra los que hoy tienen en sus manos las riendas del Poder, contra los que usufructúan la gobernación del Estado.

Se piden responsabilidades para los Institutos armados, pero nada se hace contra los que ordenaban y mandaban desde los ministerios al ejército; en vez de preocuparse los gobiernos que se suceden de depurar y restringir severamente los gastos de los presupuestos de la nación y de afrontar sin dilación la necesaria medida de nivelar la Hacienda, maltrata por los sucesivos errores y las orgías económicas de los últimos lustros, se echa al cobro una montaña de papel impreso que los agentes de contribuciones han de convertir en moneda cantante y sonante, aunque ello implique la ruina de millones de españoles, que trabajando sin descanso, apenas si pueden mal comer y satisfacer las antiguas gabelas, impuestos, tributos, alcabalas, contribuciones, o lo que se quiera llamar a la recaudación del Estado, extraída del exhausto bolsillo del ciudadano.

El pueblo español, mientras no se formulé un presupuesto de reconstitución nacional, se fomenten las fuentes de riqueza, hoy en el más lamentable abandono, y se proceda a una reducción de personal, que no trabaja y cobra, reglamentado con mano férrea como se está llevando a cabo en muchas naciones; se moralice la administración, no sólo la pública, sino también la particular, sin olvidarse de la del ramo de transportes—ferrocarriles—; no puede ni podrá subvenir al Estado esa aplastante e inverosímil cantidad de más de 3.000 millones de pesetas que le pide anualmente en sus presupuestos.

Hay que atajar ese sistema de autorización de suplementos de crédito que

hace elevar nuestra Deuda a cantidades fabulosas, colocándonos al nivel de las desgraciadas naciones que intervinieron en la última guerra; para que el país se de cuenta exacta de lo que significa nuestra Deuda, sin haber llegado, afortunadamente, a tomar parte en la última contienda armada, sólo diremos que, «la Deuda pública española, es decir, las obligaciones, consecuencia del pasado, consume el 25 por 100; los elementos de defensa nacional, el 30, y apenas si queda la tercera parte para lo que verdaderamente constituye la vida de la nación; y aún de esta tercera parte hay que deducir grandes sumas que, en el presupuesto de Gobernación se destinan también a fines de seguridad y defensa; y a los gastos de explotación, administración y cobranza del presupuesto».

Ante tales realidades, el pueblo que trabaja, sufre y paga, empieza a cansarse y a meditar la manera de salir del atolladero en que se ve hundido, dando ya algún sintoma de lo que pueda ocurrir, y que los altos directores de la nación, que no lo ignoran, lo deben evitar a todo trance. ¿Cómo?

En próximos artículos relatamos algo de lo que realizan hoy la mayoría de las naciones, que habiéndose visto al borde del abismo, tienen aún el espíritu de conservación despierto, y realizan heroicamente la obra de su reconstitución económica, social y moral.

De tales ejemplos necesita nuestra Patria, para que conocidos por todos, den sus energías y buena voluntad; y si los de arriba continuaran haciéndose los suecos, ejemplos tiempos recientes en Europa de naciones que, sin apenas haber tenido derramamiento de sangre, han cambiado la Constitución interna del Estado.

J. GARCÍA SURER.

Puebla del Duc (Valencia) 6—VI—1923.

El presente número, que consta de seis páginas, contiene una hoja extraordinaria de anuncios.